

Mariana Colomer, *Maestra*, Madrid, Huerga y Fierro editores, 2023, 67 pp.

En distintas ocasiones he podido comprobar guiños y sintonías entre una onomástica autorial determinada y una creación literaria concreta. Y esa relación también la encuentro entre el nombre de pila y el nombre literario de la autora respecto a su obra titulada *Maestra*, aparecida en Madrid en 2023 bajo el sello de Huerga y Fierro, en el cual viene publicando sus libros, desde hace más de una década, la poeta Ana María Roig (Barcelona, 1962), que firma sus entregas como Mariana Colomer.

Entre Ana María y Mariana se da una muy evidente correspondencia, pues el pseudónimo no es sino la repetición del antedicho par de nombres, pero en orden inverso y juntándolos como si fuesen uno solo. Tocante al vínculo entre esta onomástica y el libro *Maestra*, señalo que se trata de una nueva obra “mariana” de la escritora, es decir una obra inspirada en la Virgen María, un tema en el que se centraban de manera monográfica sus dos libros anteriores, el de 2019 *Auroras*, y el de 2020 *Profetizarás*.

Cada una de estas propuestas de poesía marial se singularizan en virtud de la diferente perspectiva adoptada y de las distintas fórmulas de realización que han sido llevadas a cabo. Sin embargo, se parecen entre sí en que sus títulos respectivos son muy escuetos, dado que constan de una única palabra, títulos que ya preanuncian por eso mismo que el lenguaje que va a utilizarse en esos libros lo caracteriza un tipo de escritura que se sitúa lejos de tentaciones de barroquización, e incluso de énfasis estilístico.

En la poesía de Ana María Roig, al ser toda ella de índole religiosa, lo religioso no es un asunto más, como sucede en tantos autores, y por tanto plantea una cuestión previa tocante al estilo. Y es la de considerar si cabe valorarlo en sí mismo, o a tenor de la temática plasmada. En otras palabras, cabe preguntarse si en Mariana Colomer prima lo religioso o lo literario. A mi me parece que la vivencia de la religiosidad es más determinante en su escritura que la voluntad de estilo. Si el estilo es no solo correcto, sino bello en su sencillez, ese modo de decir se ofrenda al servicio del fin de ensalzamiento cristiano que se pretende y muestra en los poemas.

Hay un argumento indirecto que podría corroborar esa supremacía de lo religioso sobre las convenciones literarias. Se trata de atender a lo que el teórico Gérard Genette, primero en su obra de 1962 *Palimpsestos* y después, en 1987, en su libro *Umbrales*, considera paratextualidad, y que incluye dentro del marco de la transtextualidad como segunda de sus categorías. Los paratextos constituyen una guía que proporciona el autor para orientar a los lectores sobre su obra. Entre esos paratextos estaría, por ejemplo, la portada, que contiene una ilustración que redundaría en el significado de la obra, pues según informa uno de los créditos de la misma se trata de un detalle del cuadro “La Inmaculada”, copia realizada por el pintor neoclásico santanderino José de Madrazo de un óleo del checo Antón Raphael Mengs fechable hacia 1800-1801. Otro paratexto es el propio título, el de *Maestra*, que en virtud de dicha ilustración remite inequívocamente a la Virgen María. Paratexto también es haber reproducido uno de los poemas en la contraportada, en el que se da voz a la protagonista de la obra.

También pueden considerarse paratextos las citaciones que la autora ha introducido en *Maestra*. En los libros de poesía suelen consistir en citas de textos de otros poetas, y a veces en dedicatorias a amistades que pueden pertenecer o no al medio literario. Nada semejante sucede en *Maestra*, obra que no incluye ningún poema dedicado de modo expreso a nadie, y va precedida de varias citaciones, ninguna literaria, sino todas de carácter religioso. Una preside el libro, tres van al comienzo de su parte primera, y una al frente de la segunda. Todas hacen referencia a la Virgen María y todas consisten en pensamientos expresados por santos, todo lo cual potencia el significado de la semántica mariana plasmada.

Insisto en que no se trata de citas relacionables con la literatura como tal, sino que proceden de escritores cristianos. La que preside el libro se debe a San Juan Bosco, las que se sitúan al principio de la parte inicial corresponden a un salmo davídico, y a sendos textos del sacerdote francés del XVII San Luis María Grignon de Monfort, y del polaco San Maximiano María Kolbe, fraile franciscano que ofrendó su vida, en lugar de otra persona, en el campo de concentración nazi de Auschwitz, en una de las ofrendas martiriales más impactantes que puedan concebirse. Una cita del apóstol San Juan antecede a la segunda parte.

El planteamiento y resultado de *Maestra* ha sido estructurar la obra en dos secciones, una primera de veinticinco poemas, y una segunda con el mismo número de composiciones, y con un total, por tanto, de cien. Esas cifras añaden un plus mariano, toda vez que tradicionalmente los guarismos relativos a la Virgen María pivotan sobre todo en torno al cinco y sus múltiplos, como se advierte ya en la obra de Gonzalo de Berceo, que fue quien en las letras españolas empleó por vez primera ese simbolismo numérico.

Ambas partes de *Maestra* se han configurado de modo bien distinto. La inicial es expositiva, y en su transcurso hablan en primera persona, en poemas individualizados, y encuadrados en su marco histórico y geográfico bíblico, la madre de la Virgen, de nombre Ana, y su hija, la Virgen María, cuyos progenitores fueron, según el proto evangelio apócrifo de Santiago y otros evangelios de esa índole, los esposos Joaquín y Ana. La Virgen María creció bajo el magisterio familiar, doméstico y religioso de los dos. Aun así, su propia madre la reconoce como maestra, maestra en mayúscula en sentido teológico, según cuenta Ana en el primer poema del libro, donde se lee:

A mi hija le enseñó a leer la Torá
 al igual que mi madre hizo conmigo.

 Cada vez que le enseñó a leer a María,
 ella es mi Maestra. (13)

Es obvio que la función de maestra se atribuye siempre a una madre, la cual debe enseñar a su hija, y no al revés. Pero en este supuesto no es menos obvio que, en materia de espiritualidad, María puede ser maestra de su propia madre, del mismo modo que Jesús pudiera considerarse Maestro de espiritualidad por antonomasia, y por tanto de la propia Virgen María. Esa es una de las muchas consideraciones paradójales

que proporciona la mística cristiana. Y con relación al uso del calificativo de maestra que da título al libro, anoto que en una cala realizada respecto a su empleo en la poesía española mariana de cualquier época, encuentro que no ha sido frecuente valerse de él, sino muy excepcional, de manera que usarlo ya es una peculiaridad de este libro.

La parte segunda es de carácter exhortativo, puesto que la anónima hablante anima a las personas, casi siempre valiéndose del empleo del verbo en imperativo, a asumir el compromiso mariano de aceptación del reto de contribuir a la victoria del credo cristiano contra el enemigo máximo de esa fe, simbolizado en la Bestia. La metáfora utilizada en esa sección es siempre la misma, y tiene un entronque secular que se revitaliza en el presente, no desviándose del esquema simbólico que imagina una batalla espiritual diaria, desde la hueste de María, concebida como Reina, que ha de culminar mediante la plegaria en un triunfo no material, sino trascendente que implante un Reino de Bondad.

Por extraño que pueda parecer, tampoco he encontrado en las letras mariales demasiados ejemplos de que esta visión haya sido muy desarrollada en la poesía española. Habría que remontarse a Berceo para encontrar un precedente importante de combate explícito, aunque metafórico, por parte de la Virgen. Entiendo que lo más frecuentado ha sido ver a María comprometida en la acción, es cierto, pero en una lucha nítidamente espiritual, asumiéndola en la escena de la Visitación, que le propició asumir el rol de ser actora sustantiva e indispensable en la misión redentora.

La obra alcanza en diferentes poemas un logrado lirismo, como por ejemplo en una de las bellas composiciones de la sección primera, la cual traslado entera por su brevedad. El texto está puesto en labios de Ana, y dice así:

Hay quien ha recibido el don de oír el júbilo
de todo lo creado que está bajo el Azul
de tu presencia recién alumbrada.
Y también, en la aurora de tu ascensión durmiente
hay quienes unirán así sus cánticos
al alborozo de las golondrinas. (23)

También copiaré a continuación otro texto, esta vez de la parte segunda, en el que la hablante poemática se declara inspirada por el agua mística mariana que empapa su palabra, una palabra que exalta, bajo la enseña de María, a los sedientos socialmente más desfavorecidos:

El manantial de la Virgen acoge el agua
que brota del costado de su Hijo.
Agua que purifica mi voz,
que llevará a los sedientos los versos
que enaltecen a los más pobres y olvidados
a quienes Ella cuida porque es pobre también. (63)

José María Balcells Doménech